

# El barroco en la Sierra de Tarapacá

por

*Roberto Montandon*

(Fotografías del autor)

Una tierra austera se eleva desde la margen oriental del desierto central. Comienza al sur en la angosta faja verde de la Quebrada de Tarapacá para fundirse al norte con la similar topografía ari-queña. Hacia el este, toma altura hasta llegar a la línea de los volcanes y rebasar más allá de la frontera en la horizontalidad de las mesetas del Altiplano boliviano. Es un mundo ancho, seco, duro en su clima y en su suelo, áspero en su tectonia y sus medios de vida. Es un territorio enjuto, solitario, cruzado por senderos que unen las escondidas aldeas de sus hondas quebradas y cortado por los tajos de oscuros desfiladeros. Es la Sierra de Tarapacá.

Aisladas en ese singular mundo cordillerano cuya vida aún gira en torno a los milenarios andenes de cultivo, las aldeas, fundadas por el celo catequizante de los religiosos, agrupan sus casas de piedra y barro alrededor de la capilla misional.

La mayor parte de las capillas e iglesias de la Sierra de Tarapacá fueron levantadas a fines del siglo xvii y primera mitad del xviii, es decir, en plena época del barroco triunfante. Las superposiciones o contradicciones neoclásicas que se encuentran en esas construcciones tienen su origen en posteriores reparaciones o reconstrucciones de sectores dañados por un temblor. Este maridaje

podría menoscabar en algunos casos la unidad de estilo pero sin desviar la filiación barroca dominante del conjunto primitivo. Aún más, algunas portadas reconstruidas, que no trataremos aquí, reciben el impacto del neoclásico y sus leves elementos barrocos representan tan sólo una supervivencia de estilo vuelto a copiar por algún cantero local, pero ya fuera de época.

Debemos clasificar el barroco en la Sierra de Tarapacá como otra entre las tantas manifestaciones de arquitectura y decoración populares, frecuentes en lugares aislados y sostenidos más por la fe que por los recursos de colectividades paupérrimas.

Por otra parte, nos enfrentamos a expresiones locales. El barroco en Tarapacá es un arte mestizo y la influencia llega a la vez del Altiplano y del Cuzco. Es una expresión primitiva del barroco si se quiere, en su interpretación y en su ejecución, pero que alcanza una sorprendente jerarquía en el retablo de Sotoca. En grado menor de capacidad creativa y artesanal, volvemos a encontrar en Tarapacá ese desconcertante y admirable arte mestizo que en los países andinos vecinos halla, tal vez, su máxima expresión decorativa en los frontispicios de San Lorenzo de Potosí y en las catedrales de Puno y Pomata (Perú).

En los lugares apartados, las influencias exteriores llegan a menudo con retrasos y las superposiciones y fusiones estilísticas son frecuentes. Los cánones formales del arte —¿acaso podríamos hablar de cánones ante la extrema tolerancia y dispersión del barroco americano?— y los factores espirituales de un período son confundidos, mezclados e interpretados a menudo con una adorable ingenuidad. El alma india con sus hondas raíces aflora preñada de nostalgia e inspira la mano del artífice aborígen o mestizo. Y lo que ha ocurrido en muchas comarcas andinas, ha acontecido también en la Sierra de Tarapacá.

Si quisiéramos recordar la trayectoria del barroco americano, deberíamos señalar que esa expresión estilística que se identificó en España con el movimiento de la Contrarreforma y que desde

sus comienzos se caracterizó por una libertad de forma, o sea, una fórmula abierta en oposición a la "forma cerrada" y canónica del clásico, recibe en América la aportación del artesanado indio dignificado en mesoamérica y en los países andinos, en las disciplinas de un arte elevado y codificado. Y es así como esa fusión de inspiraciones decorativas —la plástica india y la plástica peninsular— crearon ese admirable arte mestizo-iberoamericano nacido en el siglo XVII y que a la llegada del barroco en América iba a enriquecer y vitalizar con singular fervor ese nuevo estilo.

Por otra parte, esas fusiones y superposiciones de estilos, que volvemos a encontrar en lugares apartados de las grandes corrientes de arte, la Sierra de Tarapacá, por ejemplo, hallan su explicación en la tolerancia del barroco español en América que se acomoda en muchas de sus grandes realizaciones, con el plateresco, con el mudéjar y aun con el recuerdo tenaz del gótico.

En Tarapacá, mundo aislado, la variedad en la organización arquitectónica y en la exornación de las portadas y en la riqueza de algunos retablos, nos hacen meditar sobre la capacidad creadora de sus alarifes y talladores.

Con excepción de la explosión decorativa del retablo de Sotoca, el arte mestizo tarapaqueño que recibe la impronta de la severidad de la sierra austera, aporta una cierta continencia en la decoración. Pero los motivos ornamentales que decoran las dovelas de los arcos de medio punto, bajan en placas seriadas por las jambas de los vanos y animan bases de columnas, pilastras y capiteles, están tallados en una luminosa piedra caliza que acentúa la plasticidad de alto y bajo relieves.

La portada de la capilla de Usmagama podría ser el arquetipo de aquella expresión barroca tarapaqueña, original, personalista, mestiza, que introduce "citas" platerescas, porque el tiempo que determina estilos allí no cuenta.

En la portada de Usmagama, dos columnas de fuste con profunda incisión helicoidal, desnudas de decoración, tranquilizan el delicado

pero intenso tallado que cubre la arquivolta del arco de medio punto y la profusa pero bien ordenada ornamentación a base de motivos fitomorfos, de las pilastras del arco y de los plintos de las columnas. Una cornisa dentada corona el frontón de la portada y se apoya, ensanchándose en generosas molduras, sobre los capiteles de cubo o dado de las columnas, rematadas éstas por una figura indoeuropea de cuerpo entero.

Entre la cornisa y el delicado arquitrabe del arco y a manera de entablamento, un friso tallado cubre el remate horizontal de los tímpanos, con motivos humanos y zoomorfos.

El conjunto de esta portada deja una sensación de equilibrio, de armonía casi musical, de una plenitud de madurez decorativa. Allí, con una bella sencillez, los problemas de composición y las intenciones de orden estético han sido delicadamente resueltos.

La portada de la capilla de Mocha, tallada también en la piedra caliza, luce la fuerte plástica de un modelado de arcilla. La decoración que cubre las dovelas y las pilastras del arco y los plintos de las columnas, uniforme en su simple motivo, un florón, le comunica una cierta elegancia y un aire plateresco. Las únicas variantes, dos conchas renacentistas y dos grupos humanos de neta representación indígena, fusionan singularmente el elemento clásico europeo con el mestizo americano.

Pero, y como saliéndose de la medida e interesante sobriedad de la decoración en arco y pilastras, dos columnas reposan su fuste cubierto de estrías inclinadas, en ancha base-moldura y rematan en enorme capitel triangular. Estos curiosos capiteles hacen pensar en una inspiración original brotada de la misma génesis barroco-mestizado. Pero, caso extraño, esta aparente desproporción resuelve en forma admirable y feliz la organización total de esta portada, cuyo valor estético se suma a una originalísima concepción que no vuelve a repetirse en toda la región de la Sierra.

Las portadas principales y secundarias de las capillas e iglesias de Guaviña, Limacsina, Sibaya, Chiapa, por citar tan sólo algunas,

más simples en su concepción, diferentes unas de otras en su expresión decorativa, lucen una organización arquitectónica, no siempre muy definida, que va dentro de un cierto primitivismo de planeamiento, desde la reminiscencia plateresca a la ordenación neoclásica. En esas portadas, el barroco es más atenuado, más sereno —si fuese posible aceptar esta paradoja. No comparten ni el afán ornamental del plateresco, ni la obsesión y el arrebató del barroco.

La portada principal de Limacsina despierta interés por los motivos decorativos humanos, zoomorfos, geométricos y de follaje serpeante que, discretamente, con una talla poco honda, decoran pilastras, capiteles y la arquivolta del arco. Dos columnas toscas de fuste retorcido comunican al conjunto el acento barroco.

La portada de la iglesia de Chiapa sobresale por su composición original de ambicioso propósito. En esta obra, la organización de la columnata y de las cornisas continuadas que rematan en el ábaco de los capiteles formando recuadros, podría tener una remota reminiscencia plateresca, pero sólo en la composición arquitectónica que recuerda, en un tosco planteamiento, el lineal hispanoamericano. Esta portada consta de dos juegos dobles de columnas; se eleva en tres cuerpos, acentuando su verticalidad en la parte céntrica con un recuadro algo limitado por la poca altura de la fachada. Una hornacina ocupa el centro de ese recuadro. Cuatro figuras netamente indianas coronan los capiteles de las cuatro columnas superiores. Con excepción de la simple hojarasca tallada en las dovelas del arco y las cuatro figuras de remate, llama la atención la ausencia de ornamentación. La belleza primitiva de esa portada reside en la ordenación formal de sus elementos, es decir, en su arquitectura que, en el fondo, quiere ser barroca.

\*

A la profunda voluntad plástica y estética pero mesurada de las portadas en las capillas e iglesias de la Sierra de Tarapacá, se opone,

en evidente contraste, la violenta exaltación decorativa de los retablos de Usmagama y Sotoca o la riqueza más sobria del de Guaviña.

Tallados en madera, dorados y policromados, el retablo de Usmagama y con más propiedad el de Sotoca, revelan una exuberancia ornamental apasionada que los acercan, por la riqueza y densidad de la talla que no pierde espacio, a los retablos barrocos de la línea Cuzco-Potosí, pese a la factura algo tosca en algunos rasgos, a veces ingenua, que presidió su ejecución. Pero estas imperfecciones no representan la nota dominante en Sotoca y Usmagama y muchas de ellas corresponden a desafortunadas intervenciones hechas en el siglo pasado, tal vez. En el fondo, podemos apreciar la calidad artesanal y admirar el resultado de la composición y de la talla.

En Guaviña, un retablo de estudiada proporción luce un barroco muy delicado que no busca profundidad y que casi no es barroco. La talla en madera espacia sus motivos decorativos dorados, destaca las discretas columnas de fuste trabajado en "rocaille" y comunica una agradable claridad a un conjunto que busca más la planimetría que el volumen, atributo, objetivo y esencia del barroco.

En estos retablos, la influencia mestiza es menos visible que en las portadas; se advierte más en detalles de interpretación que temáticos. En Sotoca, por ejemplo, el símbolo de la eucaristía, muy repetido en la talla, es de origen europeo, pero la intensidad ornamental es característicamente americana y mestiza.

La voluntad de embellecer y de decorar los recintos consagrados al culto se advierte a cada paso, desde luego en los frontales de los altares, de láminas de plata repujada en algunos, en pilas bautismales, en arquerías interiores o en el fervoroso acento popular de las pinturas murales que decoran magníficamente los muros blancos de la capilla de Sotoca.

Estas formas barrocas interpretadas con singular belleza por artífices regionales en la Sierra de Tarapacá, se detuvieron en su expansión hacia el sur, en el río Loa y más propiamente en el campanario de la iglesia del oasis de Matilla, formal, elegante, de plás-

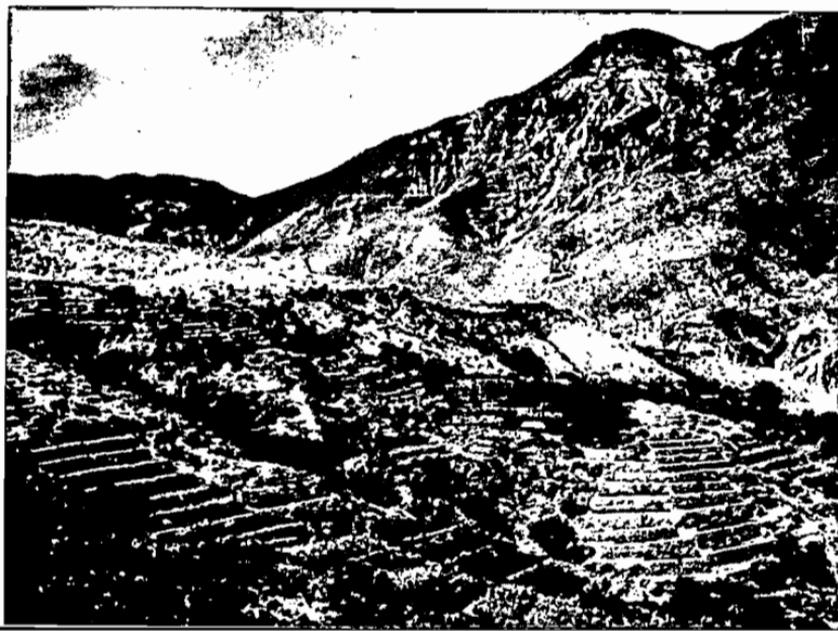
tica sobria pese a su filiación barroca. Más allá del Loa, en los oasis y quebradas cordilleranas de la Baja Puna de Atacama, la arquitectura religiosa, más humilde, más autóctona, incorporada al paisaje tutelar e inquietante del alto desierto, se halla revestida de sencillez, de austeridad y de un sabor campesino de tierras altas.

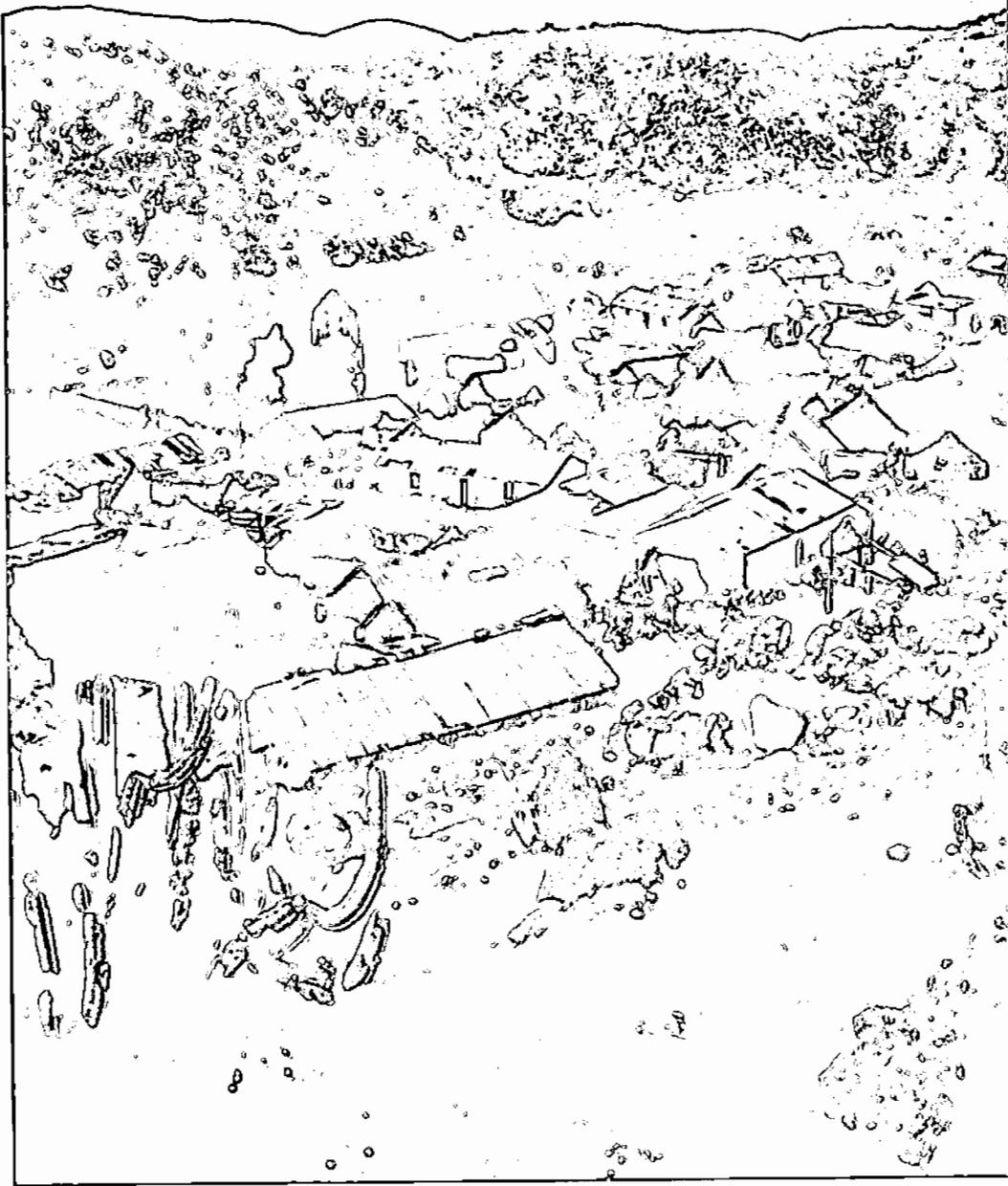


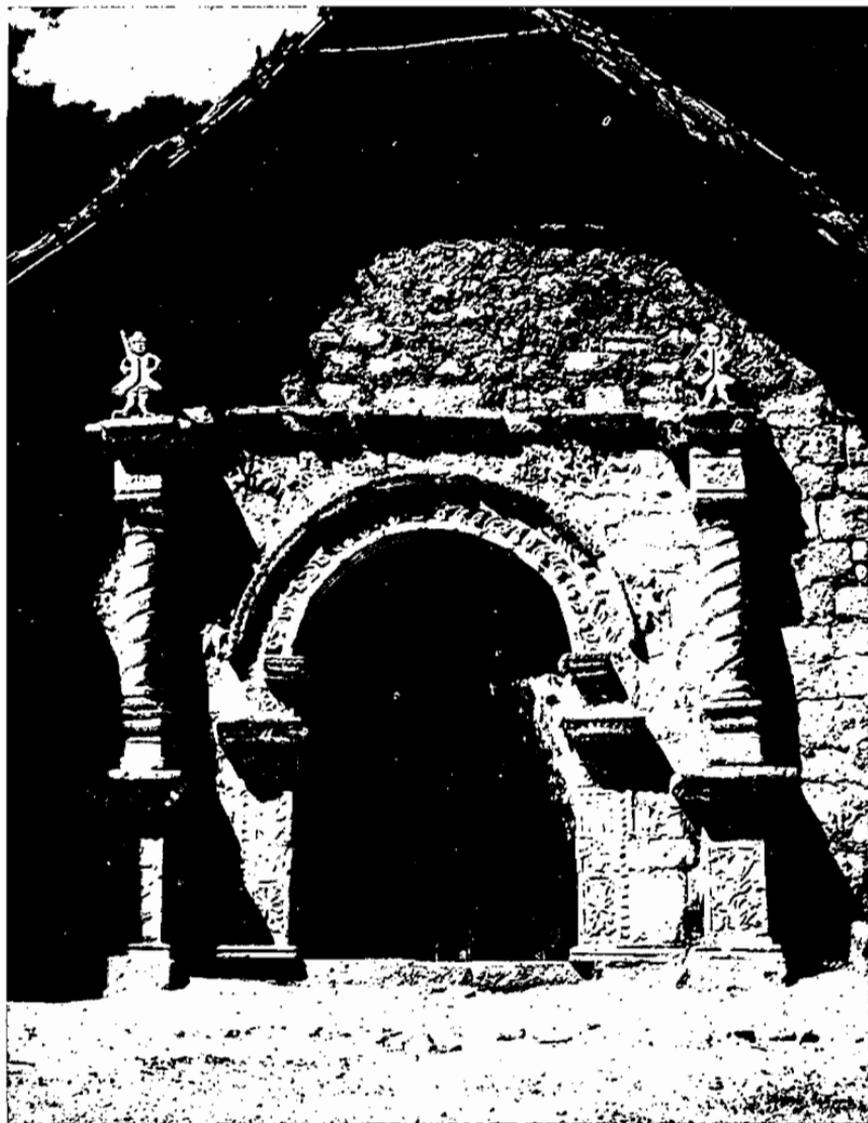


*Un alto en la Sierra de Tarapacá.*

*Andenes de cultivo; mantenimiento de los andenes prehispánicos.*

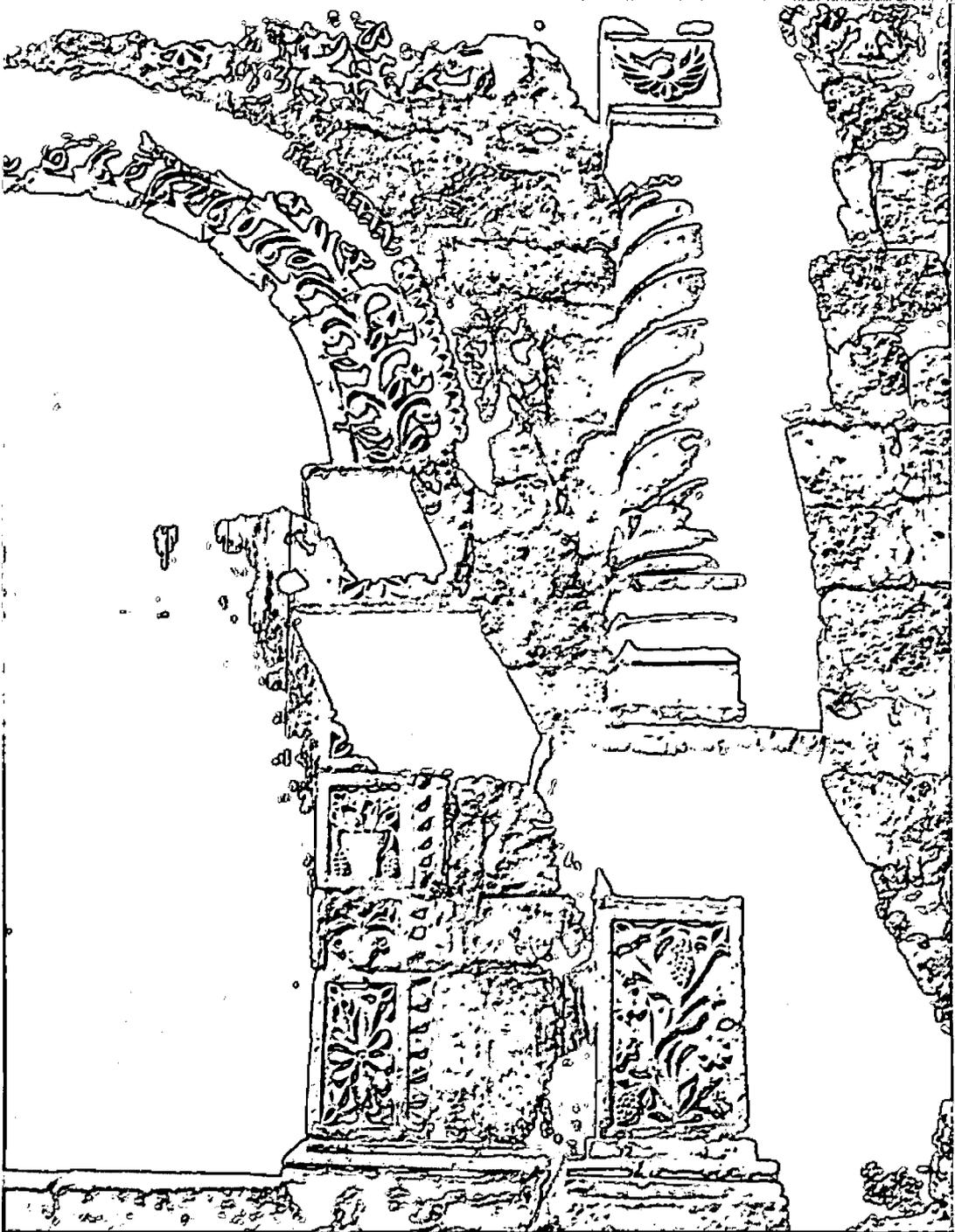






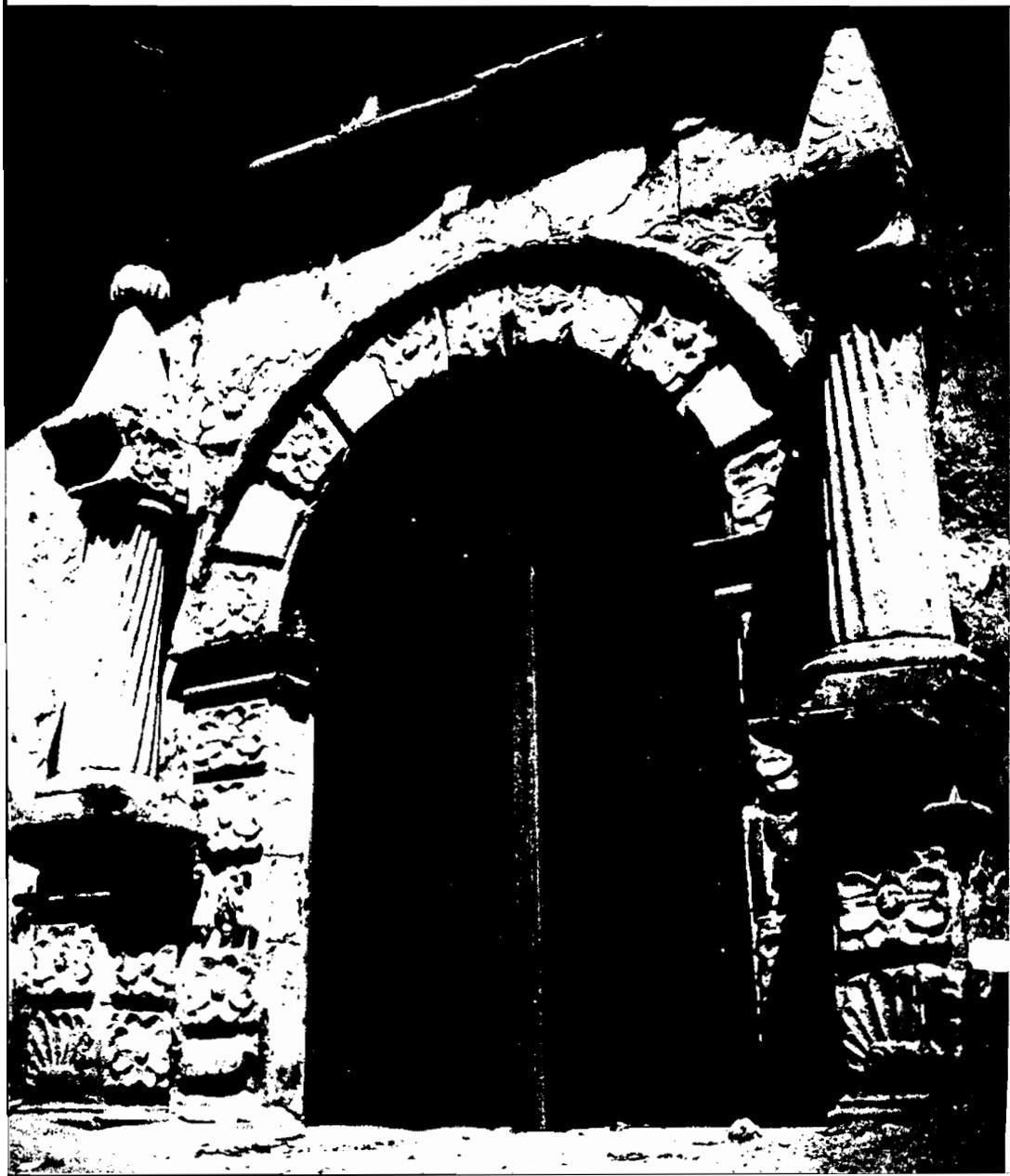
*Portada de la capilla de Usmagama.*

← *Un típico pueblo de la Sierra: Sotoco.*



*Detalles de la portada de Usmagama.*

*Portada de la capilla de Mocha*

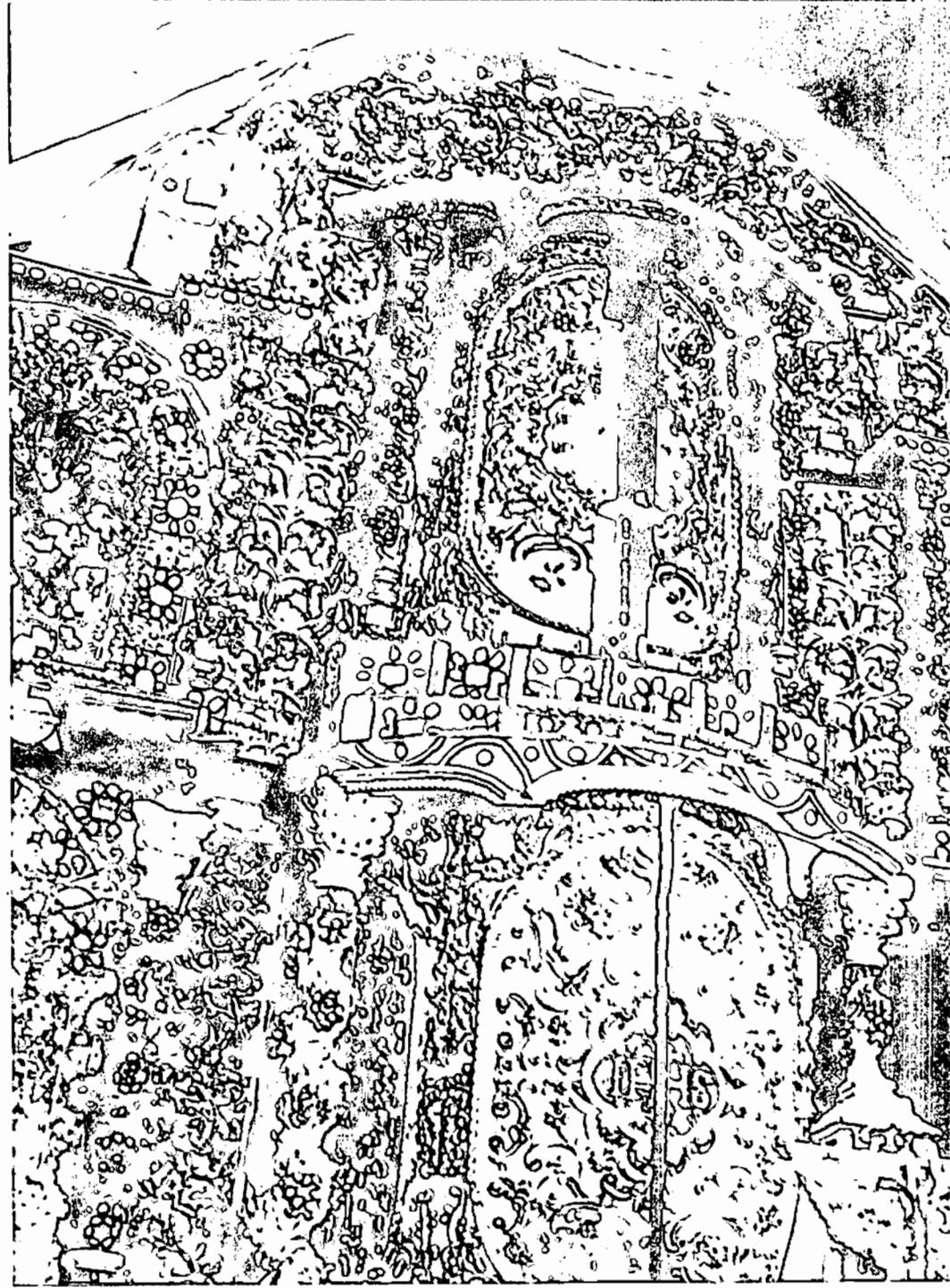




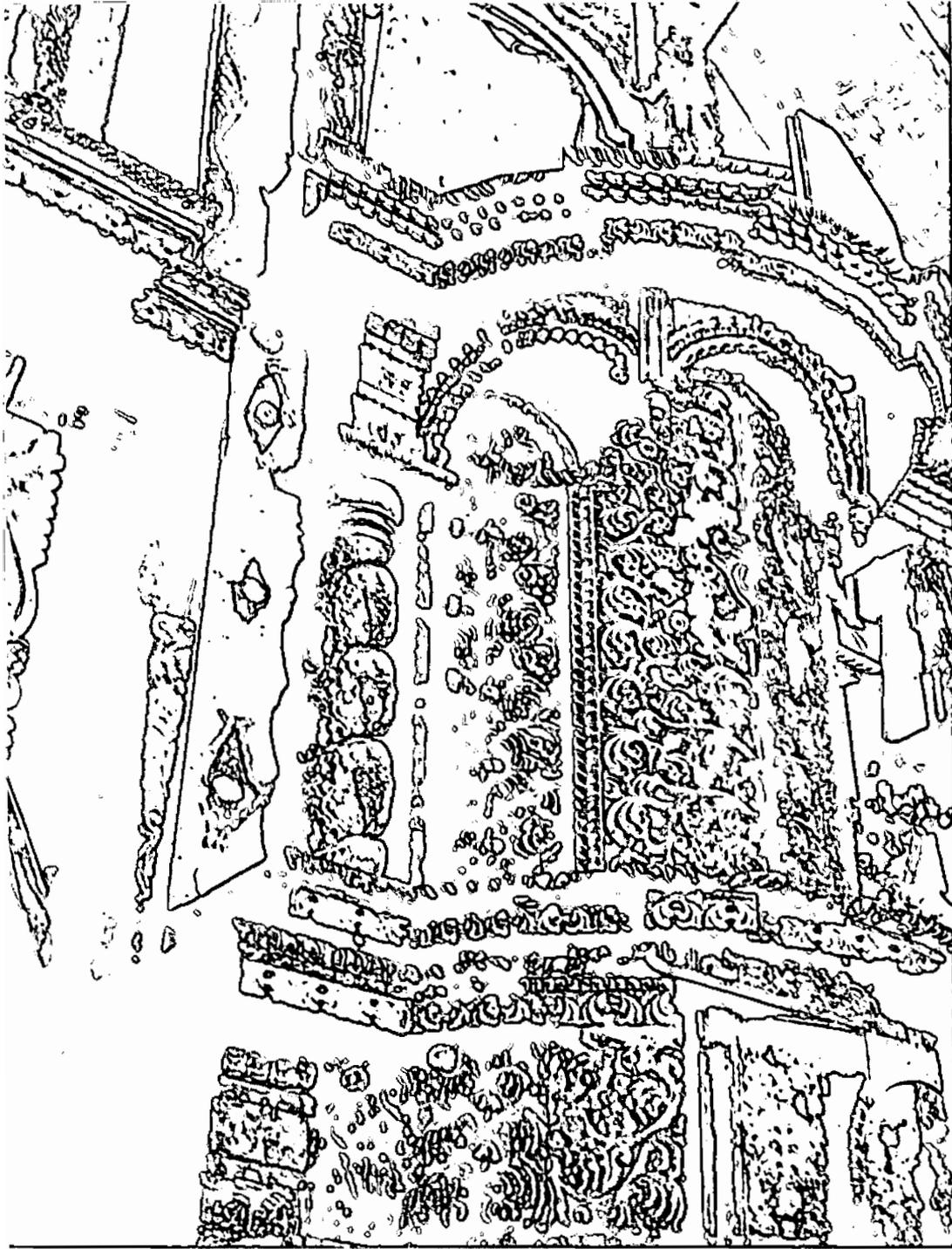
*Detalles de la portada de Mocha.*



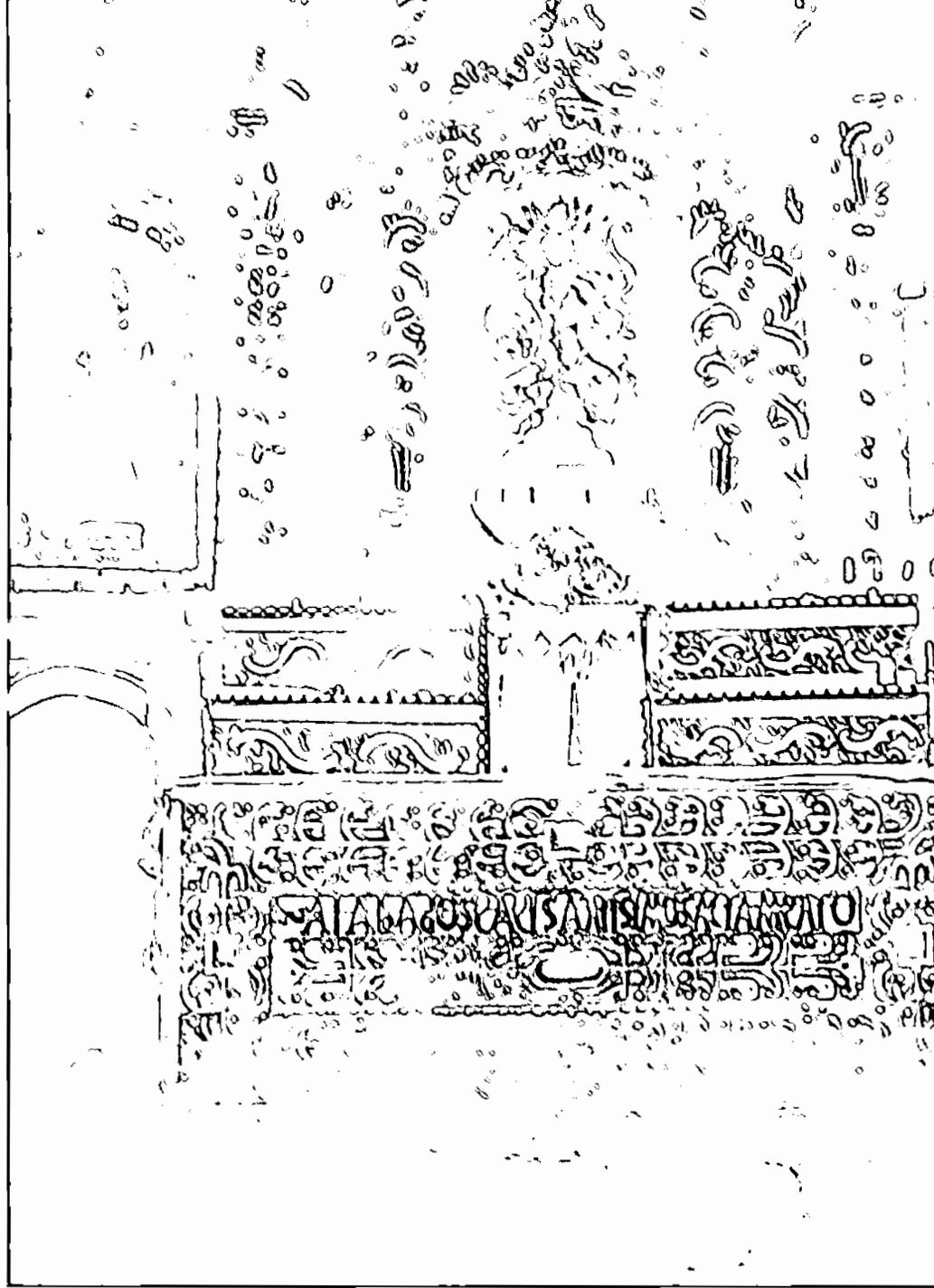
*Campanario de Matilla.*



*Retablo de la capilla de Sotoco.*

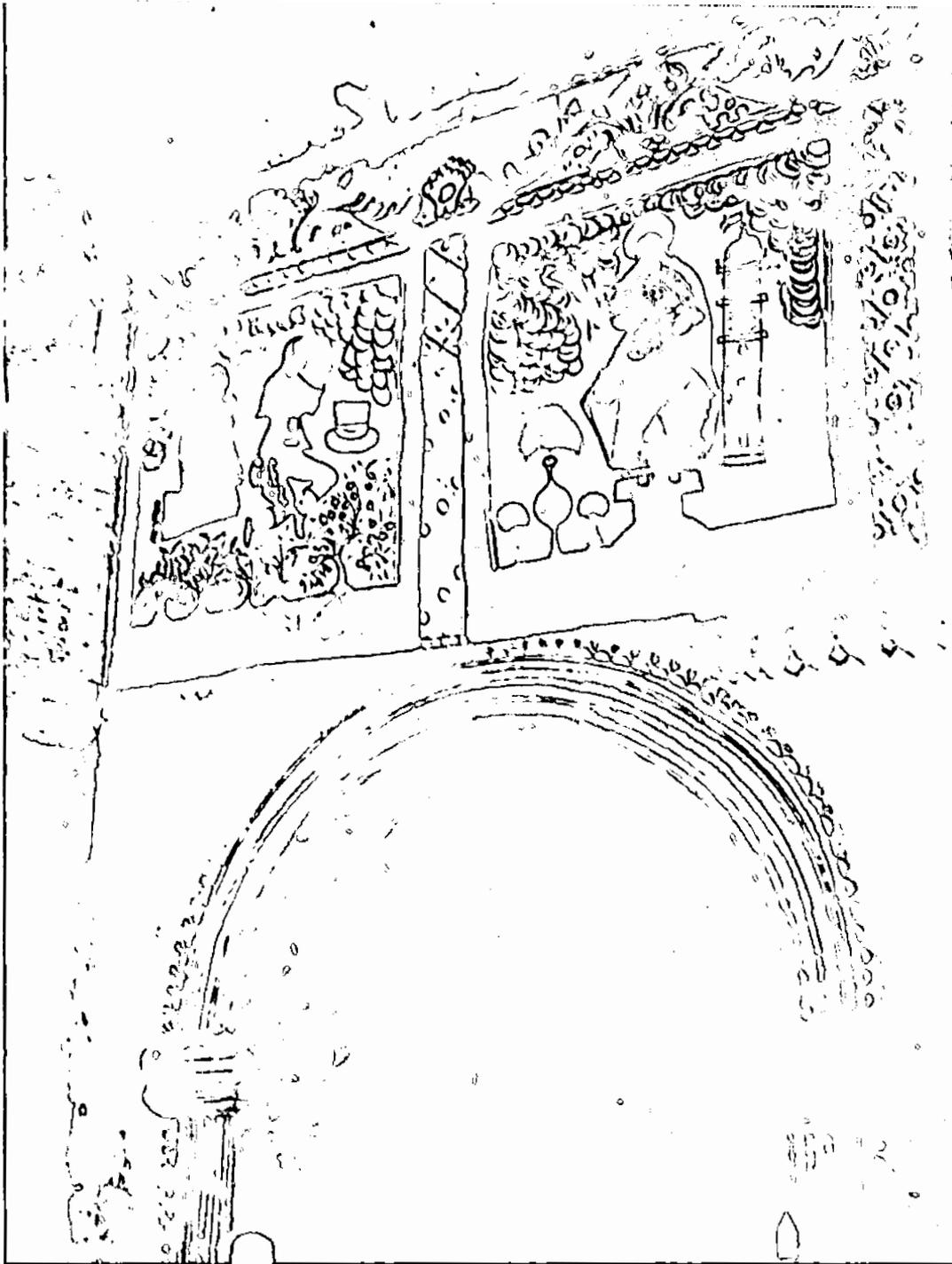


*Retablo de la capilla de Usmagama (parcial).*





*Una pila bautismal tallada en piedra.*



*Pinturas murales populares en la capilla de Sotoco*